

SERENDIPIA

Se habla de utopía en los medios de comunicación. Vemos la palabra frecuentemente utilizada como título de algún que otro relato o incluida en el pie de foto de las muchas redes sociales existentes. Nos parece un término moderno, útil para cualquier conversación que se precie y necesario para aparentar las ganas de cambio de esta sociedad actual que, en el fondo, se queda en eso, en las ganas.

Son múltiples las definiciones que podemos encontrar cuando buscamos el término utopía. En sentido etimológico, οὐ y τόπος, significa, literalmente, “no lugar”. Le debemos a Tomás Moro, y a su famosa obra, que al final se acabara convirtiendo en la definición del lugar más apacible para vivir. Hasta el momento, Eduardo Galeano ha sido la persona que mejor ha sabido interpretar este vocablo: (Nos dice que) “La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso sirve, para avanzar.” Sin embargo, el vocablo revolución parece tener los cauces más acotados. Y es paradójico que, siendo palabras tan diferentes, tengan matices tan similares: ambas, en su sentido más literal, significan romper con la tónica general y buscar otras alternativas.

Desde la Antigüedad hasta Tomás Moro, pasando por La Nueva Atlántida, de Francis Bacon, por la oposición del mundo sensible y el inteligible de Platón, o por el utopismo resultante del enfermizo y desmesurado uso de la razón, según Ortega y Gasset, se ha hablado de utopía.

Quizás ahora más que nunca, sea necesario echar mano de este término. Quizás sea la hora de romper con todo lo que no está haciendo avanzar al mundo.

La utopía puede ser el motor de una revolución, pero no la meta. Si atribuimos a la utopía el adjetivo de inalcanzable, es absurdo que sea meta de una revolución, porque nunca llegará a cumplirse como tal. Además, la revolución no debe ser considerada como único camino para alcanzar la utopía. Existen otras maneras de llegar a ella, como puede ser una reforma de lo ya establecido. En términos de revolución, ésta no tiene por qué ser violenta ni cargar a sus espaldas con el derramamiento de sangre que normalmente se le atribuye. El lenguaje, capacidad natural del ser humano, eso que nos diferencia del resto de seres vivos y que según Aristóteles nos permite convivir en una misma sociedad debe contemplarse siempre como primera opción. Del mismo modo, la violencia debe ser la última instancia a la que acudir. Cuando ya no quede ninguna otra opción posible, a lo mejor podría ser utilizada.

Puede que con estas afirmaciones, la frase “el fin justifica los medios” haya rondado por sus mentes. El autor de esta cita, Maquiavelo, y el adjetivo que se le acabó atribuyendo a su filosofía, “maquiavélico” nunca han sido agradables al oído. Por suerte, la visión cambia, en parte, gracias a comprender el porqué de su famosa expresión. Maquiavelo la utilizó para garantizar el bien de una gran mayoría frente a una minoría que actuaba de forma execrable, según pensaba el resto. Entenderán ahora la razón por la que podría ser necesaria una revolución violenta.

Por todo ello, definiendo que el camino a la utopía, junto con la revolución, debe ser un proyecto colectivo.

Verán, cuando preguntamos a alguien en qué piensa cuando se evade, la mayoría responde con una isla, un sitio paradisíaco, tranquilo, como la isla utópica de Tomás Moro o la Nueva Atlántida de Bacon. La gran mayoría tiene un proyecto utópico con características únicas pero con base común: cambiar y conseguir todo lo que no tengo. La verdadera revolución será la unión de todos, aportando ideales únicos con los que se pueda concebir un verdadero proyecto de revolución, capaz de suprimir inalcanzable de la definición de utopía y consiguiendo verdaderamente un mundo mejor donde vivir, como decía Moro.

Debemos trabajar juntos para conseguirlo porque, de no ser así, nuestras libertades podrían coartarse. El tener en mente un único objetivo puede hacer al humano obcecarse y cerrarse a otro tipo de ideas y propuestas. De forma colectiva este problema estaría totalmente solucionado, porque aunque la meta perseguida sea común, la contemplación de distintos puntos de vista, dispares a los nuestros, garantizaría el no empecinamiento en un ideal propio.

Quizás lo difícil hoy día no sea llegar a conseguir esa utopía ni el medio que utilicemos. Quizás, lo difícil sea llegar a establecer las bases de ese proyecto común que todos necesitamos a día de hoy. Llegamos a pensar que por ser humanos tenemos todo el derecho del mundo a hacer lo que mejor nos conviene en cada momento. Y no. Todos debemos remar en una misma dirección para salir así del pozo en el que la humanidad se encuentra cubierta de lodo en estos momentos.

El poder de la razón y de la comunicación debe ser utilizado para lograr objetivos beneficiosos. Puede que sin darnos cuenta, el proyecto utópico que necesitamos haya pasado por delante de nosotros y no nos hayamos percatado de su rastro. Puede que, preocupados cada vez más por crear un mundo casi paralelo de robots y máquinas autosuficientes, hayamos dejado pasar la oportunidad de nuestras vidas.

La utopía nos sirve para progresar, para avanzar conforme al camino que vamos trazando a través de la revolución. Por desgracia, puede que acabemos sin rumbo y con una brújula inservible porque no comprendemos su funcionamiento. Con esto quiero decir que una de las armas más poderosas para ser críticos y poder así entender qué debemos cambiar para conseguir esa utopía debe ser la educación. Porque de nada nos vale andar sin rumbo fijo, ciegos por un progreso que, sin pensarlo, nos está robando nuestra capacidad de renovación a nivel mental. Nos estamos convirtiendo en unos conformistas preocupados única y exclusivamente por la economía y por la revolución científico-tecnológica contemporánea.

La utopía es un camino hacia lo ideal que critica lo existente. Es vital para una sociedad donde los pertenecientes a ella sean capaces de vislumbrar aquello con lo que no están de acuerdo. Kant, diferenciando entre el uso de la razón pública y privada, es uno de los autores que mejor lidia con este tema. "Razonad todo lo que se quiera pero obedeced", dijo.

Es común ver personas que hacen una crítica de la sociedad pero que al final no llegan a nada y además, han desatendido sus “quehaceres sociales”. Debemos ver como factible el hecho de acatar nuestro deber a la vez que en otros círculos sociales expresamos nuestra verdadera opinión sobre cualquier tema, haciendo un uso público de la razón.

Mediante el juicio, la argumentación razonada y las propuestas colectivas se puede cambiar una sociedad. Se deben hacer cambios, pero siempre lo más pacíficamente posible, sin coartar ningún derecho. De esta forma, se cumplen todos los requisitos. Confío plenamente en que la educación es la vía para formar a personas interesadas en hacer una reflexión sobre las situaciones con las que no estamos de acuerdo. “La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo”, ya lo dijo Mandela. No debe servir solo para enseñar conceptos y materias, sino para construir un futuro mejor, en base a lo aprendido. Nuestro sistema educativo debe transformarse en un lugar diferente: un lugar en el que no solo se valoren la lectoescritura o las matemáticas, sino en el que se valore también la trayectoria, desde la infancia hasta la juventud. Debemos inculcarles un eterno amor por el aprendizaje. Es vital que los niños estén motivados, dotados de habilidades, de compromiso. Que se formulen preguntas, tienen que equivocarse y asumir riesgos.

Todo esto nos guiará para ser críticos con la realidad y para descubrir qué es lo que de verdad no nos conviene. Tal vez sea eso lo que esté fallando. Puede que estemos recayendo otra vez en aquello que ya criticaron los componentes de la Escuela de Frankfurt.

Se debe garantizar un equilibrio entre progreso moral y progreso tecnológico-científico. Pero ojo: tampoco debemos ser drásticos. El progreso de la tecnología puede ser un buen punto de partida para ponernos en común. Son múltiples los avances conseguidos en esta materia y, probablemente, si se focalizasen en encontrar una revolución que nos teletransportara a la ansiada utopía, serían magníficos.

En este proceso de cambio, de asumir que no todo lo real es perfecto y en el que debemos unirnos para conseguir la verdadera utopía, seguro que nos iremos transformando como humanos.

Nuestra obligación es animar a la humanidad a comenzar un proceso de revolución pacífica que, unido a la educación, sean capaces de pasar de una utopía a un proyecto realizable. La posibilidad está en función del individuo: el hombre es el que crea y destruye.

Quizá mientras realicemos el camino que nos llevará a la utopía encontremos realmente lo que estábamos buscando: una serendipia que complete, por fin, todo el proceso y que no se parezca en nada a nuestro proyecto.

La vida trata de eso, de encuentros causales que cambian nuestros días por completo y que hacen realidad los proyectos utópicos, revolucionando así toda nuestra existencia.

DENNA